

LA LITERATURA NO CABE
EN LOS LIBROS



José Yeray Rodríguez Quintana



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS

2020

© Academia Canaria de la Lengua
© José Yeray Rodríguez Quintana

Diseño de colección:
Bernardo Chevilly

Composición e impresión:
El Productor, S. L. *Técnicas Gráficas*

Dep. Legal: TF. 477-2020

ISBN: 978-84-96059-60-3

Los sábados eran aún más felices cuando venía el herrero. Mi padre, culpable y cómplice de mi afición por las bestias, me alertaba de su presencia y poco tardaba en asomar a El Caidero de Antoñito y de Felisa, los bisabuelos a los que conocí después de muertos. Uno a uno iban llegando: Miguel el del Roque del Pino, Juanito Cárdenes, alguno de mis primos de La Majada, Antonio Sosa, mi tío Lalo, Heraclio... todos con las bestias descalzas en busca de Maestro Antonio, que creo que así se llamaba, que subía de La Medianía cuando yeguas, caballos, burros y mulos habían gastado las últimas herraduras. Me fascinaba aquella escena. La tertulia era golosa y aquel tumulto de crines y jáquimas

solo se daba en las trillas de julio, así que los sábados en los que venía el herrero no me permitía faltar. Podría decir que buscaba que alguno de los presentes le hiciera el gusto al chiquillo antojadizo que quería subirse a la bestia que fuera y trotar vereda arriba hasta el límite del grito de vuelta; que me admiraba la santa paciencia con la que aquellos hombres esperaban el turno de sus cabalgaduras porque, de alguna manera, esperaban por los zapatos de sus otros pies, los que acompañaban sus pasos de arriero; pero debo confesar que aquella escena tenía una fascinación que entonces no entendía; venía a ser una metáfora que solo supe descifrar años después. El herrero colocaba la herradura sobre el casco limpio y se aseguraba varios golpes al metal de la suerte antes de darle al clavo. Sin saberlo, yo tampoco lo sabía entonces, aquel hombre me estaba mostrando el hondo secreto de la poesía: de la palabra precisa que solo se encuentra cuando se han gastado muchas

que no dicen lo que uno quiere que digan. Por eso no era cosa del azar que aguantara los clavos entre los labios como las palabras que todavía no había dicho.

Queridos todos: Me he concedido la licencia de principiar mi discurso con este párrafo que escribí hace algunos años y que hoy he resucitado por segunda vez. Hoy repito el asombro de aquel niño curioso y apasionado que esperaba los sábados del herrero al verme aquí, pronunciando ante ustedes el discurso que me hará ingresar en una casa de la que ya me han hecho sentir parte, y que pronuncio en el corazón de mi otra casa donde llevo, aprendiendo más que enseñando, más de veinte años. Me toca, de todo corazón, dar gracias a la vida por esta generosa coincidencia. Me toca, como a Maestro Antonio, encomendarme a la suerte de la herradura para tratar de dar en el clavo que, si me lo permiten, no debe estar lejos del corazón de todos

ustedes, los que me conceden el regalo preciado de su tiempo en este viernes de marzo que, desde hoy, será inolvidable para mí; tan inolvidable como un viernes de abril de hace tres años. Aquel día empecé a pronunciar este discurso, en aquella ocasión con motivo de mi ingreso como Académico Colaborador y hoy, casi tres años después, me toca terminarlo para mi ingreso como Académico Numerario. Por eso he decidido pedirme prestadas algunas de aquellas palabras de primavera porque hoy tienen, al menos para mí, mayor sentido que cuando nacieron y porque ellas tampoco querían perderse este día. Espero que las entiendan y entre todos las perdonemos.

Otro día inolvidable fue el 6 de mayo de 2014. En el Paraninfo de esta Sede Institucional, a unos pasos de donde estamos, convidado por el Rector de entonces, José Regidor, recité un romance para celebrar el veinticinco aniversario de la institución. El Rector lo escuchó unos días

antes, en un concierto que ofrecimos con el mismo motivo y me pidió que volviera a darle vida durante el acto de investidura como Doctor Honoris Causa de Federico Mayor Zaragoza. Eso me obligaba a hacerlo vestido con el traje académico y esa suerte de paradoja entre mi atuendo y mi mensaje, y, más aún, la métrica de mi mensaje, debió provocar en más de uno la extrañeza que provocó en 1582 la *Comedia del Recebimiento* de nuestro primer poeta, Cairasco de Figueroa, que situó al aborigen Doramas, un siglo después de su muerte, como anfitrión del obispo Fernando de Rueda. Como en la obra, a unos les parecería extraño mi traje y a otros mi lengua rimada. Aquello, para mí, era una enorme metáfora de vida: allí estaba yo verseando tal como aprendí fuera de estos muros, pero vestido con un atuendo que tuve que ganarme dentro de ellos. El caso es que, al finalizar el acto, alguien se acercó a mí para comentarme, tras glosar mi participación, que tenía que agradecerle

a la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria todo lo que me había enseñado. Mi respuesta no fue la esperada por mi interlocutor cuando le dije que lo que más le agradecía a la universidad es que me hubiera permitido no olvidarme de lo que ya sabía cuando llegué a ella. Estoy absolutamente seguro de que ese mismo agradecimiento se lo puedo y se lo podré hacer a la Academia Canaria de la Lengua. Y no quisiera que vieran en esta afirmación ningún atisbo de prepotencia o de soberbia. Todo lo contrario: pretende ser el más sincero acto de humildad y sinceridad. Simplemente quiero confesarles, una vez más con el corazón en la mano, que yo llegué a la literatura no desde la voracidad del lector, ni desde las páginas impresas, ni desde la intimidad de una biblioteca. A mí me llevó a ser filólogo y también me fue arrimando al oficio de verseador toda esa literatura que se dice y que se escucha y que derramaron en mis oídos las gentes que acompañaron

mi niñez y adolescencia en aquellos fines de semana y aquellos veranos que la vida me dejó vivir en Artenara. Por eso agradezco tan efusivamente a las instituciones en las que he realizado y realizo mi desempeño profesional, la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y desde hoy con mayor grado de oficialidad la Academia Canaria de la Lengua, que nunca hayan apartado de mi camino académico todo lo que me enseñaron los muchos sabios con los que me tropecé antes de ser parte de ellas, sabios que jamás pisaron una universidad y que no sabrían decirme qué es la Academia Canaria de la Lengua. Hoy estoy aquí, sin duda alguna, gracias a ellos, los que prendieron en mí la llama del amor a las palabras que ha venido convirtiéndose en estos años en el fuego que me alumbra.

Hoy siento que estoy aquí
ofreciendo la palabra
en nombre de muchos otros

a los que presto mi cara,
todo lo que he sido y soy,
mi corazón, mi garganta
y esta pasión, que no sé
si me cabrá en las palabras.
Por ellos estoy aquí,
por aquellos que sembraran
palabras en la memoria
de un muchacho de Ardenara
que soñó con ser poeta
de los que inventan y cantan
oyendo hablar de poetas
en aquellas tardes largas
a muchos que no sabían
leer ni escribir palabras
pero escuchaban, decían,
recordaban o inventaban
palabras que iban con ellos
cuando cuidaban las cabras,
cuando trillaban el trigo,
cuando plantaban las papas,
cuando desgranaban millo
o cuando un amor rondaban.

Este discurso, queridos todos, aunque a mí me toque dar la cara y la palabra por él, no es solamente mío. Pretende ser, con esa humildad anunciada pero con toda la pasión de la que soy capaz, palabra compartida, confesión coral; la inmensa gratitud hacia tantos y tantos seres verbalizada por un profesor de literatura que cuando era pequeño no quería ser otra cosa que arriero, de los que pasaban la vida en el camino, trayendo y llevando; quizá, aunque eso no me toca decirlo a mí, conseguí mi propósito; hoy llevo y traigo palabras que como la carga del arriero, no me pertenecen más que transitoriamente y solo tendrán sentido si salen de donde deben salir y llegan a donde quieren llegar. A esas palabras de veredas y barrancos encomendé mi suerte y ellas, generosas y sabias, siempre me han señalado el camino que creían más oportuno para mí; no el más sencillo, ni el más rápido sino el más apasionante: el que me ofrece la hermosa

posibilidad de amar lo que hago y hacer lo que amo, como por ejemplo enseñar literatura, o, más exactamente, tratar de despertar y acrecentar el entusiasmo por ella y por todo lo que tiene que enseñarnos. Y esa pasión que he convertido en oficio me permite reconocer que acostumbramos los que enseñamos literatura a caer en un error imperdonable: creer que toda ella cabe en los libros. Por supuesto que no es así. Seguramente, una buena parte de la culpa la tiene la etimología, que nos remite a letra y, por tanto, a escritura. Eso hace que en muchas de nuestras clases nos dediquemos a estudiar la obra de una élite que tuvo acceso a la cultura letrada y que publicó libros en épocas en las que una reducidísima porción de sus contemporáneos sabía lo que decían. ¿Qué porcentaje de la población canaria pudo leer en el siglo XVII *El Templo Militante* o *El Poema* de Viana? Es imposible dar un dato exacto, pero tampoco es necesario. Podemos suponer que los lectores poten-

ciales en los años de publicación de estas obras fueron, en todos los casos, una sólida minoría. ¿Entonces? ¿Es la literatura un privilegio exclusivo de quienes podían y pueden leerla y escribirla? Por supuesto que no. La literatura es algo tan grande que, como antes dije, no cabe en los libros y creo que el secreto de su grandeza se lo da una particularidad especialísima, una particularidad que no tiene ninguna otra disciplina artística: su materia prima, más allá de su potencial estético, es de uso cotidiano y compartido. No todo el mundo pinta, ni compone, ni cincela, ni proyecta, ni esculpe... pero todos, salvo puntualísimas excepciones, hablamos, nos comunicamos y usamos, para pedir un café, decir adiós o felicitar las pascuas, las mismas palabras con las que los poetas escriben sus sonetos, los novelistas echan a andar por sus páginas a sus personajes y los dramaturgos elaboran los parlamentos de los suyos. Es como si todos fuéramos,

permítanme la comparación, hablantes y escribanos de brocha gorda capaces en cualquier momento de hacer con ella un trazo fino e inesperado. Seguramente así nació lo que hoy llamamos literatura. A alguien se le ocurrió decir lo mismo de otra forma y para ello, seguramente, usó las palabras inesperadas en un orden no previsto y con ello nos enseñó que en ocasiones hay que dar un rodeo para llegar antes, porque eso y no otra cosa es la metáfora, uno de los cimientos del lenguaje literario: ir del mundo al mundo pasando por el lenguaje, que parece el camino más largo pero es el más corto. Eso también lo aprendí en Artenara. Después supe que Borges había dicho algo parecido, pero lo entendí escuchando cómo explicaban su mundo con las palabras de otros mundos los que, como sus padres y sus abuelos gastaron su vida persiguiendo lo que da la tierra. Entendí por qué llamaban madre al surco que alimenta el resto; por qué el trigo no se podía segar cuando estaba

amoroso; por qué una cabra era careta, una vaca florida, un caballo calzado o una yegua lucera; que las papas tenían ojos y las piñas camisa y barba, que el millo se amula y que las papas ruines, en realidad, no le habían hecho nada a nadie. Mucho después supe que el diccionario, con la lentitud de casi siempre, también se había ido enterando con el tiempo de algunos de estos usos, pero era más que evidente que no fue en uno de ellos donde lo aprendieron los que a mí me lo enseñaron. Aprendí también que la luna una noche al mes nace y otra rebosa; que para aventar, aunque uno esté a más de mil metros de altura sobre el mar, ha de esperar que haya marea; que a las vacas, con muchísima frecuencia, les nacen nubes en los ojos, que hay degolladas y degolladitas que no sangran, que el lomo de los surcos se llama camellón y que en el cielo hay arados y cabrillas. Aprendí que el sol, a veces, huye del agua, que hay rosas en las queseras y en el cielo, y que la lluvia fina, la que no

llega al suelo, no merece sino el mágico nombre de cierne cierne. Tuve la suerte de encontrarme un mundo palabreado desde el lirismo; un mundo que me iba revelando su secreto a medida que descifraba la belleza de cada hallazgo, obra original del primero que supo ver la comparación y obra colectiva de los que acabaron haciéndola suya.

Porque yo, la poesía,
antes de verla en la página,
me la encontré en los oídos
como palabra rimada
o metáfora asombrosa
que el mundo nos explicaba.
Supe del trigo amoroso,
ese con memoria de agua,
que el barranquillo corría,
que la luna rebosaba,
supe que un surco era madre
y que la parra lloraba,
que había nubes imposibles
en los ojos de las vacas
como si el cielo cupiera

en su redonda mirada.
Yo esperé por el sol puesto
para la dula del agua
y vi una cabra careta
y alguna yegua calzada;
el mundo con otro mundo
de palabras se explicaba.
Nació así la poesía
y de esa manera aún anda
no solamente en los libros
por la tinta aprisionada
sino en la piel de unos cuantos
convencidos hasta el alma
de dar lo mejor que tienen
siempre que dan su palabra,
la que era apretón de manos
convertida en ley sagrada
con la que siempre cumplían,
a la que nunca fallaban.
Hoy que hasta el papel firmado
parece no valer nada
cuánta falta nos haría
que la palabra se honrara
que no fuera algo vacío

porque vacía se gasta
o es palabra convencida
o es mejor boca cerrada.

Aquel paisaje de la infancia era también el de las gentes que sabían contar historias que no vivieron tal como si las hubiesen vivido; lo hacían con el mismo asombro con el que las oyeron y sabedores de que hay secretos que solo lo seguirán siendo si se comparten. Me impresionaban las historias fantásticas que fueron posando en mi memoria quienes hicieron míos sus recuerdos; el heroísmo de aquellas mujeres capaces de dejarse la vida por los suyos, incesantes dadoras de vida y más generosas cuanto menos tenían que dar. Una de ellas, ciega de nacimiento, era capaz de moldear el barro de Lugarejos como si viera con la punta de los dedos; una vecina suya, recién parida, se echó al hombro una manada de leña que había descargado en la puerta de su casa precisamente para parir y una

vecina de las dos hablaba con los muertos con la misma tranquilidad con la que en este instante yo hablo con ustedes. A todas las conocí sin conocerlas, por obra y gracia de relatos que casi todos los de aquel lindero hemos escuchado: mujeres heroicas, sufridoras y sufridas, que desde la mitad invisible del mundo construyeron lo que hoy somos. Me fascinaba escuchar los relatos de la emigración: como el de aquel muchacho nuevo al que le nació una sobrina el mismo día que dejaba el pueblo rumbo a Cuba y le dijo a la madre que la cuidara, que se casaría con ella cuando volviera, tal como hizo dieciocho años después, cuando él tenía treinta y seis años y ella la mitad; o los cuentos de las maldiciones cumplidas o el cuento del que regresó a su casa varias veces la noche que se murió porque algo había dejado atrás. Años después leí a García Márquez con la sensación de que muchas de sus historias y su particular forma de contarlas me eran

demasiado familiares porque los lugares más recónditos de nuestras islas han pasado más de un siglo de soledad y porque yo también tuve una abuela que me contaba historias como nadie me las ha contado nunca. Cuando se trataba de historias de muertos, de almas en pena, de apariciones misteriosas y demás familia, acostumbraba a preguntarle desde la incredulidad del que cree que sabe. Abuela, y ¿usted cree en eso? Y su respuesta, mejor que cualquiera de las historias que contaba, era siempre la misma. “Yo quiero más creerlo que averiguarlo”.

Aquel paisaje de la infancia, queridos todos, es también un verso de ocho sílabas, como los que improvisaban algunos de los paisanos que sin saber qué era la métrica, ni qué palabra era llana, cuál aguda y cuál esdrújula, ni lo que es la anacrusis, ni el periodo de enlace, ni la rima consonante, eran capaces de medir con el alma las sílabas necesarias para que la vida les rimara. Mis paisanos los llamaban poetas y así debería

ser. Los poetas eran los que llevaban los versos consigo y no necesitaban llevar un papel para leerlos. Los otros, sin restarle méritos, eran, para mis paisanos, escritores. Los poetas, como Matías y Antonio Ramos o como Matías Cabrera, palabreaban el día a día de la pequeña comunidad donde les tocaba vivir. Cada acontecimiento noticioso era merecedor del talento de aquellos que lo immortalizaban de ocho en ocho sílabas con romances o décimas en los que acostumbraban a diluir su talento para que acabara siendo una obra de uno para todos, como una peculiar consigna mosquetera. Siempre me sorprendió la prodigiosa memoria de quienes le daban cauce a los versos con la voz pausada de los que viven sin apurarse y me sorprendió cómo me hablaban de Cuba gentes que pocas veces abandonaron la sombra de Tamadaba. Yo conocí la décima mucho antes de saber que así se llamaba, con la emoción de descubrir en su particularísima música y en la sabia

disposición de sus consonantes, la banda sonora rimada de una historia de amor que es del tamaño del océano, que empieza en Cuba y acaba en el recuerdo de quienes fueron sin ir a aquella tierra prometida que, entre otras cosas, nos dejó para siempre el punto cubano, para que también en esta orilla, los de abajo, esos de los que nadie se acuerda, tuvieran con qué decirse. La materia prima de aquellos verseadores era la palabra hermoçada por obra y gracia de ese lenguaje campesino tan fascinante que hoy paladeo junto con ustedes, caudal que derramaban generosamente en los versos que componían y que siempre acababan cayendo en el oído apropiado, que tenía por dueño a un memorioso que los apresaba para siempre. Nada hacía ni hace más feliz a un verseador que sentir que sus versos se hacen pueblo, que dejan de pertenecerle como autor para convertirse en patrimonio compartido. Canarias, también lo supe más tarde, está sembrada de verseadores y de

memoriosos necesarios para que la literatura siga sin caber en los libros. A muchos de los que palabrearon tiempos difíciles tuve la suerte de aplaudirlos y abrazarlos. A otros los conocí en el entusiasmo y la admiración de parientes y vecinos. Todos ellos están hoy conmigo.

Les contaré, apasionado,
que esta tarde me acompañan
todos esos verseadores,
guardianes de la palabra,
que iban rimando la vida
contando qué les pasaba
y qué le pasaba al pueblo
donde estaba su morada.
Muchos de ellos no tuvieron
ni nombradía ni fama,
solo se les conocía
alrededor de la casa,
a lo largo de un barranco
o en una familia larga;
no supieron de escenarios,
de platós ni de pantallas

ni de micrófonos tristes
que estorban cuando habla el alma.
Los que cruzaron el mar
no lo hicieron por sus ganas
ni por cantar poesías
en otros pueblos y plazas,
lo hicieron por escapar
del hambre que los buscaba;
y ya ven, otra vez toca
dejar atrás cuna y casa
y buscar otro horizonte
para llenar la cuchara;
parece que no aprendemos
de lo que la historia narra
o será que la enterramos
con una tierra prestada
que es la primera que huye
cuando el viento la amenaza.
Soy verseador por aquellos
que a bordo de la esperanza
gastaron meses azules
entre América y Canarias,
todos los que sin saberlo
nos dejaron las palabras

a lomos del horizonte,
ese que nunca se alcanza
que por mucho que uno nade
queda a la misma distancia
pero que si se persigue
nos mata el sabor a magua.
De ellos venimos y vengo,
y ahora que sí hay pantallas
y platós y hasta escenarios
en los que se nos aguarda
es justo a quien nos la dio
devolverle la palabra;
y entre tantas emociones
que siento al hacer mi entrada
en el colectivo esfuerzo
de la Academia Canaria
me quisiera echar al hombro
esa historia tan amarga
que ni la caña de azúcar
consiguió que se endulzara.

Los libros fueron los que me reconocieron,
con su sincera voz de papel, que una parte
de la literatura nunca se dejó atrapar

por ellos. Empecé a saberlo, sin saberlo, huroneando en la reducida biblioteca de un hermano de mi abuela que ella custodiaba ya en su casa de la ciudad. Recuerdo mis visitas a aquel mueble cada vez más bajo. Me gustaba abrir aquellas páginas cuando todavía tartamudeaba las letras que las componían, para tratar de descifrar su pórtico autógrafo. Era una letra gruesa, tranquila, que sobre la página derramaba un testimonio gigante: propiedad de José Guerra Rodríguez. Aquellos libros eran de Tití Pepe. Así llamábamos nosotros al hermano mayor de mi abuela, al esposo de Paca. No tuvo hijos, pero le sobraron sobrinos. Buscaba y lo buscaban los libros y también los periódicos, que llegaban a Artenara cuando ya habían caducado sus noticias pero que él leía como si todo acabara de suceder. Siempre lo imaginé tratando de arreglar el mundo con su contertulio Juan Dolores, otro sabio al que no conocí vivo, o con la oreja pegada a su

heroica radio, aquella que la noche de 22 de noviembre de 1963 le confesó un secreto desconocido en muchos kilómetros a la redonda que lo hizo volver a vestirse y salir a buscar a quien contarle que habían matado a Kennedy. Fue mi abuela el segundo ser humano que se enteró en aquel barranco de lo que había pasado en Dallas, aquello que a mi tío le parecía tan inquietante y que a mi abuela debió parecerle insignificante al lado del esfuerzo que volvería a tocarle al siguiente día para sacar adelante el rancho de chiquillos.

Nunca supe quién llegó antes a Artenara, si Unamuno desde Salamanca o Tití Pepe desde Cuba, que fue donde nació. Sí sé que Unamuno solo estuvo de paso y que Tití se quedó para siempre. Quizá alguna vez llegó a leer algún libro suyo sin saber que aquel vasco de barba puntiaguda había alongado su mirada curiosa sobre el mismo Barranco Grande que él atravesó tantas veces y sin saber que había saludado a don

Segismundo, en el que bien podría haberse inspirado Calderón para *La vida es sueño* si no fuera porque aquello sucedió unos siglos después.

Tití Pepe llegó a ser Juez de Paz de Ardenara. Mi abuela siempre dijo que fue una pena que no estudiara, que tenía cabeza para los libros, que le gustaba leer, que mal empleada inteligencia. De vez en cuando regreso, solo con cerrar los ojos, a la estantería de la casa de la abuela a tropezarme con su firma escarranchada, su marca sobre el territorio que nadie le arrebató jamás y del que tan solo se alejó cuando quiso y porque quiso. Y entonces, cuando hago memoria y regreso al asombro de mis seis años, recuerdo el ruido de sus zapatos reptiles y sus ojos verdísimos, los que gastó sobre las páginas de tanto libro y los que después se dejó poner tristes. Y entonces me doy cuenta, más que nunca, de que la palabra es quien nos colorea la memoria. Porque otros amontonaron sus

palabras en mi alma como quien hace una pared de piedra seca, para que yo conociera a los que no conocí o para que supiera cómo fueron los jóvenes que yo alcancé a querer cuando ya sus vidas atardecían.

La palabra sin memoria
es una palabra vana;
memoria y palabra son
como la cruz y la cara
de una moneda invisible
que hoy mi voz al viento lanza
y que ha de caer de canto
sobre esta tierra esforzada
donde luchó el campesino
para que el hijo estudiara
y el pescador por lo mismo
hundió su vida en la nasa.
Tengo que acordarme de ellos,
de los que nunca se habla
o no se les tiene en cuenta
o se les busca la gracia
pero todos provenimos
de esas vidas entregadas

que guardaron el tesoro
mágico de las palabras
y guardaron la memoria
de esta tierra acostumbrada
a ver partir a los suyos,
a ver llegar nuevas caras...
a ser resumen del mundo
y a ser raíz aferrada.
A la sombra de este árbol
de raíces y palabras
sigue latiendo la vida
de las ocho islas canarias,
el alma de los ausentes
en las nuestras injertadas
y las voces del futuro
que en el horizonte aguardan;
en nombre de todos esos,
aquí tienen mi palabra.

La palabra, sí. Tarde o temprano teníamos que acabar desembocando en ella, porque marca el devenir profesional de muchos de los que aquí estamos pero marca, irremisiblemente, la vida de todos. Hoy, cuando

quizá faltan palabras certeras y sobra palabrería, se nos revela más necesario que nunca llenar el porvenir de pasado y ofrecer a los que han de ponerle palabras al futuro, la palabra honrada y honda de quienes no tenían otra cosa. Estoy convencido de que la literatura no cabe en los libros y, con el mismo convencimiento, pienso que las palabras no deberían caber en los foros que las secuestran y manipulan para que digan lo que en cada caso convenga. La palabra, si no es libre, si no es auténtica, no es más que un puño de letras o de sonidos que la casualidad juntó. Y entonces, desde esa desesperanza impuesta e interesada, parece que las palabras no dan. Porque, ¿qué palabra sirve para definir lo que está sufriendo Siria?, ¿es ilegal el migrante o lo debería ser la situación que en eso lo convierte?, ¿basta con la palabra *corrupción* para definir lo que todos ustedes saben?, ¿por qué llamamos *refugiados* a los que, como dijo Rafael Amor, nadie refugia?, ¿significa

lo mismo la palabra *hambre* para todos los estómagos del mundo? ¿qué significa que todos somos iguales? Definitivamente, la literatura no cabe en los libros, pero la realidad parece que tampoco cabe en las palabras, que se van vaciando como un reloj de arena al que nadie da la vuelta. Pero no tenemos otra forma de hacer nuestro el afuera del mundo que con las palabras de adentro y nos toca a todos, absolutamente a todos, llenar de palabras vivas un mundo que las necesita. Por mi parte, asumo el compromiso, también desde la Academia, de seguir sembrando en los últimos en llegar a nuestra lengua el deseo de ponerle palabras a sus vidas, la seguridad de que nadie va a hablar por ellos y el reto de no creerse todas las palabras que lleguen a sus oídos o sus ojos.

La palabra cuando apura
su ritmo, destino y fe
se convierte en eso que

llamamos literatura.
De su libresca aventura
muchísima gente sabe
pero aunque poco se alabe
lo que con tinta no calma
pide un lugar en el alma
porque en los libros no cabe.

La palabra es la materia
prima de la poesía,
la que exprime la alegría
o nos pone el alma seria.
No admite subasta o feria
que la quiera confundir
y se presta a compartir
el filo de su esperanza
como una punta de lanza
que sana en lugar de herir.

La palabra, compartida
en los linderos del verso,
consigue que el universo
quepa en una sola vida.
Pájaro libre que anida
ante el dolor y el olvido

LA LITERATURA NO CABE EN LOS LIBROS

da cariño, aliento y cuidado
y permite a quien la ama
que elija el árbol, la rama
y hasta la forma del nido.

La palabra es un conjuro
que aunque siempre se ha pensado
que es herencia del pasado
le pertenece al futuro.
Los más jóvenes auguro
que asumen su desafío
y como en ellos confío
la siembro en sus corazones
como otras generaciones
la sembraron en el mío.

Aquí doy por concluido el discurso
que comencé un viernes de abril de 2015.
Podrán imaginar cuántos agradecimientos
se agolpan en mi corazón en este instante: a
la familia, de la que uno ha de apartarse en
ocasiones para seguir un rastro de palabras;
a todos los maestros que he tenido, los

que no sabían que lo eran y los que me lo escribieron en la pizarra; a los compañeros de la Academia por convidarme a este viaje y a la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria por abrirme una vez más las puertas de su casa. Y a todos ustedes, de todo corazón, por dar sentido a este momento que quiero que se lleven en el alma como yo me lo llevo en la mía. Quedamos, entonces, en que la literatura no cabe en los libros. Hoy la emoción tampoco cabe en mí. Muchas gracias.

